

C A R A Y Por IGNACIO AGUSTI C R U Z

el pan y los peces

NOS damos cuenta cabal de lo que está ocurriendo? Asistimos a un baldeo general de conceptos, sensaciones e ideas antiguas, en provecho de una visión desde ahora distinta. Muchos «tabús» son arrumbados y sustituidos por un concepto realista y objetivo de nuestro derredor. Al propio tiempo, y en plena mudanza, se interfieren las dos antagonicas situaciones, la antigua y la nueva, para que podamos contrastar lo que separa y sorprende, de una zancada a la otra, en la veloz mudanza.

Estábamos asistiendo a un espectáculo que antaño gozábamos casi en soledad, al borde del muelle. Llegaban —iban llegando, una en pos de la otra, a mitad de la cálida tarde— las barcas de los pescadores, llenas de humedad nocturna las redes y las cuerdas, cabeceando sobre un mar azul ya hostigado por el crepúsculo. Recordábamos entonces la extraordinaria descripción que de ese mundo marítimo y humano hace Julio Margat en su reciente novela «El pan y los peces», uno de los relatos más subyugadores y tensos, más conmovedores y veraces que hemos leído en estos últimos tiempos. La vida del hombre de mar se desdobra: el pan y los peces. El pan es la orilla, los peces la poderosa y terrible soledad del mar. Las barcas iban llegando a la orilla y observábamos, como en otros tiempos, hace diez, hace veinte años, el manejo increíble que esos hombres de mano vigorosa hacen entonces con los objetos nimios de su bajel; esas manos adustas saben trenzar el pequeño nudo, retocar el mimbre de una cesta o de una asa, distribuir los pequeños peces junto a los grandes con un sentido de equilibrio que los haga apetecibles por el comprador de la subasta, el cual ya espera en el muelle y que con mirada certera determinará el peso aproximado y la calidad de cada lote. El pescador, recio a la hora de la brega nocturna, se convierte entonces en algo así como un delicado jardinero, cuidador de sus flores, que son sus redes y sus peces. Todo lo que fue dura batalla para las manos se suaviza entonces. Aquellos dedos, otrora duros, economizan su vigor y serían ahora capaces de un «piscicator» delicado con los objetos.

Pues bien; eso que era en otro tiempo una imagen casi ritual de la vida, un trazo de humanidad que íbamos a admirar en silencio y con respeto ha sido hoy, bajo el mismo sol radiante de otras veces, no más que otro de los alicientes que se ofrecen al turista en esta playa larga y casi aplastada por los «campings». Me ha preguntado cierta dama francesa ya entrada en años —sombbrero de paja, gafas de concha, *shorts* exigüos— si la llegada de las barcas era de verdad o sólo un simulacro. Por un instante pasó por su magín —y hasta por el mío— la idea de que en alguna cala de las cercanías se aderezaran los pescados sobre el mimbre para hacer una entrada ficticia en el muelle con el propósito de atraer a los forasteros. ¿Nos damos cuenta de lo que está ocurriendo? La parejada humana arremete contra las hechuras más antiguas y clásicas de la sociología y de

la vida en común. Ese turista que se sorprende de que los pescados que le sirven en el restaurante hayan tenido que salir a buscarlos, a atraparlos, determinados hombres, por la noche y mientras él dormía, ese turista asombrado de que el pescado no sea también prefabricado, o automático como los utensilios de su tienda de campaña, posee —y nos contagia— una idea simple del mundo. Se admira del tremendo atraso que son hoy —anacronismo puro— los carros que transitan por la carretera cargados de alfalfa o de maíz. La evolución ha sido tan rauda, y es todavía tan veloz, que nos coge desprevenidos, con carros en mitad del turismo, con pescadores que subastan su carga antiquísima con voces de ritual, no inventadas ahora para el lance. Entretanto, alrededor de esos residuos de la vida histórica crecen a puñados los hoteles residenciales, los rascacielos y la muchedumbre de aparcamientos y de «snacks». Es como si un tiempo se metiera de lleno en el corazón de otro.

¿qué haces, luna, en el cielo?

El cambio es total, en todos los órdenes. A quien quiera doblar el camino de la vida con sólo el bagaje antiguo le será imposible llegar incólume hasta el final. Las noches de septiembre son las mismas de siempre. Bajo un cándido cielo nocturno flotan —fantasmas todavía latentes— las voces con que vienen de la viña los vendimiadores. Hemos sopesado la uva, antes de que sea cortada en la panza escondida de la vid, donde el racimo ahito es capaz de refrescar la palma de la mano. Hemos comido ya de ese portentoso vegetal, en mitad de las cepas. Al regresar, la luna decreciente alumbraba con su luz difusa el blanco itinerario, entre pinares. La voz de los poetas zumbaba a nuestro contorno y en primer lugar aquella cuarteta que es canción popular y efusión sencilla:

*Au clair de la Lune - mon ami Pierrot
Prête-moi ta plume - pour écrire un mot...*

La Luna era el astro de la canción; no el satélite de los astronautas. Los poetas la acompañaban, todos los poetas, Federico García Lorca, quien dice: «La luna vino a la fragua - con su

el sol y la luna

Recordamos ahora a cierto personaje de León Tolstói; un hombre del campo, a quien preguntan: «¿Qué astro es más útil, el Sol o la Luna?» Después de pensarlo un rato, contesta, muy persuadido de su razón: «La Luna tiene la primacía, porque nos alumbraba durante la noche, cuando no hay luz en ninguna

polisón de nardos. El niño la mira, mira - el niño la está mirando.» O el gran Leopardi, arrebatado y triste: «*Che fai tu luna in ciel - dime zche fai, silenziosa Luna?*» Y Guillaume Apollinaire:

*Quel
Ciel
triste
piste
où va le
pâle
sourire
de la Lune qui me
regarde écrire?...*

La luna de la vendimia es solitaria, triste, pero esperanzada. Millares de años, centenares de generaciones, la habían admirado así, como los poetas. Mas hoy no es ya el talismán, sino el pedrusco, una esfera en el cielo para la gran aventura del espacio: escala terrenal hacia otros lares, se ha desprendido de su hechizo, para rendir también su utilidad. La luna ya no va a la fragua con su polisón de nardos, sino desnuda, a la fragua de los científicos, ardiente de megatonnes y de cifras...

Nos paramos a pensar en que acaba de nacer una generación para la cual la Luna no es más que un objeto físico, yermo y distante. Asoma a la vida un tipo de hombre, muchacho hoy, para quien serán, quizá, ridículamente inútiles los gemidos de Apollinaire y de Lorca, de Leopardi, de Chopin y de Beethoven. «A la luna se va en cohete», nos contestará, cuando le hablemos de la balada de Pierrot. Y, repetimos, quien de nosotros pretenda doblar el camino de la vida con sólo su bagaje antiguo le será imposible llegar incólume hasta el final.

A cada instante pensamos que se hacen realidad los atisbos de Alexis Carrel. También en este aspecto un tiempo se ha entrometido arteramente en el corazón de otro tiempo. «La presencia del hombre en la inmensidad muerta de los espacios interestelares es exigua —según Carrel—; pero está muy lejos el hombre de quedar al margen de ese portentoso mundo de la materia. Su espíritu se introduce en él gracias a la abstracción matemática. Sin embargo, el hombre prefiere contemplar la superficie de la tierra, las montañas, los ríos, el océano. El hombre está hecho a la medida de los árboles, las plantas y los animales. Ese es nuestro Universo».

parte; en tanto que el Sol brilla durante el día, cuando por todas partes hay luz».

Si la Luna deja de ser ya diana metafórica de los poetas, busquemos en algún lugar del enorme plafón estrellado, la pura estrella a la que nunca podamos llegar, un astro que alumbrase perpetuamente la esperanza en la noche.